

Crónicas de parejas en un año nefasto

Cómo perderlo todo

RICARDO SILVA ROMERO

Alfaguara, Bogotá, 2018, 607 pp.

HISTORIAS, RELATOS que se alimentan de la propensión de los seres humanos a salir de sí mismos e invadir con su deseo la vida de otros seres humanos. Seres dependientes que temen la soledad más que la muerte, que insisten en sumarle a sus vidas erráticas la vida de otro para que el desastre sea completo. Tal podría ser el perfil de *Cómo perderlo todo*. Pero, también, es una crónica enfocada en documentar la “pareja”, que a Silva Romero, el autor del libro, se le antoja algo que no es tan obvio, una forma de existencia, un atavismo en que cada uno de los miembros lee la parte más aleccionadora del libro que es su vida.

Es una de las lecturas posibles, y encontramos entonces parejas que están frente a frente en total transparencia, no siempre cómoda ni plácida; parejas que parecen jugar un partido sangriento de tenis; parejas que nadan desesperadas para no ahogarse en la costumbre; parejas que producen los rituales más insólitos cuando la libido que las empujó al intercambio de piel se sosiega, se sublima en roles, cual el rol de madre para la mujer y el de hijo para el hombre; parejas del mismo sexo que también se documentan, que también se quieren transmutar en esa otra institución obvia, la familia. A pesar del sentimentalismo difuso con que el autor ve las cosas, hay líneas en este libro donde se sugiere cómo todo rol, en contextos así, es un reducto de mala fe y de espejismo neurótico. Se pueden explorar hipótesis de que, amén de otros indicios, esta insistencia en la “pareja” delata influencia del cine (y, dentro de este, del melodrama, el género que invirtió más en el motivo de la pareja), medio para el cual dicho binomio ha sido y es un tópico sometido a mil y una variaciones épicas. Cuando el binomio conyugal alcanzó un grado cero en la literatura, fue redescubierto por el cinematógrafo, alimentando un vasto y dominante cambio cultural global que hizo de cada humano un

potencial animal de pareja, casi coercitivamente.

Los esposos que sobreviven a cincuenta años de caparazón matrimonial, fabulosos seres mitológicos e intimidantes para las nuevas generaciones (acaso son necesarias cierta dureza y soberbia para fundar instituciones así de pétreas). Como tantos de nosotros, viven convencidos de que cuando se concertaron para hacerse un monstruo de dos cabezas y dos ombligos primó el libre albedrío y la razón. No les faltó una pizca de espíritu moderno, cuando su encuentro estuvo presidido por un concierto de los Beatles en Nueva York, en el cual Diego Terán le dedicó “Love Me Do” a la futura Silvia de Terán. (El autor de *Cómo perderlo todo* no se ha resistido a hacerle un homenaje al cuarteto de Liverpool; otras de sus canciones serán música de fondo en estas crónicas de parejas vueltas de revés.) Como si se cansara de repetir el mismo rol durante cincuenta temporadas, Diego Terán lo ha reducido al de un niño malcriado que hace pataletas ante una madre sobreprotectora (el respectivo rol de doña Silvia). El clímax de esta historia sobreviene cuando la mujer descubre que el aguante la ha abandonado, que no le queda ni gota, que quiere asesinar a ese viejo patriarca dorado que una vez más, con la certeza de los hábitos vueltos automatismos, despótica hablando sobre su fracaso en la educación del hijo, que como consecuencia es un procrastinador hedonista del que huyen las esposas y los buenos empleos. Hay tijeras cerca, y brota sangre de patriarca redundante. Y la epifanía de esta historia irreverente es que el hijo vergonzante se convierte en héroe, cuando orquesta la cortina de humo que impedirá que Bogotá se entere del escándalo, preservando las apariencias. Y no deja un rastro de sangre en el tapete.

En las seiscientas páginas de *Cómo perderlo todo*, la “pareja” no enseña nada que no se sepa ya; el libro es como una revisión de los avances en la investigación del asunto. El libro se defiende a punta de palabras. A punta de la palabra de la crónica. En la contratapa se habla de novela, pero la perspectiva, la actitud y la técnica pertenecen a la crónica, un discurso

ambiguo que se dice verdadero pero viste cómodamente los ropajes del melodrama. En sí, el diario (hogar de la crónica) es un artefacto cuya función es amenizar ciertos momentos de los consumidores más fieles del periodismo, la clase media. Como subespecie, la crónica es escapista y melodramática. *Cómo perderlo todo* no es diferente, pero su virtuosismo en la enunciación atrapa al lector en una poderosa sugestión. Las suyas son las crónicas que los cambios profundos sufridos por la edición de diarios y semanarios han convertido en un artículo de lujo. Las crónicas que queremos leer los domingos pero que por su extensión se han convertido en tabú para los medios impresos. Quizá este libro es parte de un fenómeno insospechado: la emergencia de la crónica imaginaria para subsanar la extinción de la crónica referencial clásica.

Como el cronista clásico, el cronista disimulado de este libro divide la realidad en piezas al estilo de un rompecabezas. La mayoría son detalles significativos (basados en el inveterado hábito que se formó en más de cien años de desarrollo del género), insertos en el recorte típico de la realidad del periodismo. El esquema es de estímulo-respuesta, conductista; la virtud por excelencia en este quehacer es la exposición clara e inmediata de una secuencia de estímulos y respuestas que pretenden agotar al personaje y ser la síntesis de su drama particular. Para el autor la clave está en desafiar a descubrir nuevas fórmulas y rutinas en el desempeño de la tarea. Cuán diferente de la novela. En esta, la enunciación del texto se basa en actitudes diferentes tanto para el narrador como para el receptor, y juega alrededor de una realidad indeterminada en sus bordes o de más amplitud en su recorte. El enunciado es menos acumulativo, privilegia la digresión, y por ello propicia el concurso del lector en la composición de la visión total. En otras palabras, en la novela el receptor es más activo que en la crónica. Quienes más disfrutan este tipo de libro son los lectores con menos experiencia de novela. Libro adentro, el lector que tiene cierto prontuario novelesco resiente un poco ese llevarlo de la mano (paternalismo) y el poco margen de coparticipación

RESEÑAS		NOVELA
<p>en la construcción del relato. De todos modos, <i>Cómo perderlo todo</i> es un alarde dentro de ese corte de crónica por el que ha optado un autor capaz de un alucinante “periodismo de inmersión”, o la parodia del mismo, para contar sus historias.</p> <p>Con este libro, regresa un antiguo método de dotar de unidad a un repertorio de relatos: el relato marco, que cuenta con representantes emblemáticos como el <i>Decamerón</i> y <i>Los cuentos de Canterbury</i>. Todas las historias se cobijan bajo la crónica del año 2016, que es enfocado juguetonamente como “el peor año bisiesto que se encuentre en las bitácoras del universo, una conjura de planetas que forzó a millones de parejas de acá abajo a la desesperación y a la agonía”. Esos planetas y sus movimientos por el Zodíaco enmarcan, mes tras mes, todas estas historias de parejas que tocan fondo o que regresan a la sobriedad, a la admisión de que hace rato pasaron el punto de no retorno. Las historias de pareja de Silva Romero también se enmarcan en un comentario recurrente sobre las redes sociales (Facebook en particular), que según el autor son capaces de mostrarnos un yo alterno capaz de ciertos excesos y delirios. Y marco adicional es, también, la referencia al acuerdo de paz que en 2016 fue, presuntamente, la noticia del año en Colombia. Estos marcos imprimen al final un carácter barroco al texto. Por donde menos pensaría uno, vuelve a la literatura colombiana la composición barroca que fue tan fuerte hace unas décadas. El “horror al vacío” que los estudiosos han atribuido a la expresión barroca late a todo lo largo del relato. Y resuena en cada uno de estos marcos monumentales y dramáticos.</p> <p>Ernesto Gómez-Mendoza</p>		